

no hemos cuidado de nosotros mismos y si no hemos puesto en orden nuestro propio interior. ¿Qué sabía, y qué sabe aún el mundo, sin el Cristianismo, del pensamiento de que todo trabajo es estéril, y no hace sino esterilizar también nuestras propias acciones, si primeramente no hemos aprendido á disciplinarnos, y á hacer así, de un corazón ordenado, el punto de partida de nuestra actividad?

Son éstas verdades que jamás hombre alguno presintió, antes que Dios hubiese aparecido sobre la tierra, para indicarnos, con su ejemplo y con su enseñanza, verdades que, aun hoy día, son incomprensibles y aun irritantes, verdades que se desacreditan como peligrosas para el orden y la salvación pública, allí donde las doctrinas y la vida de Jesucristo han llegado á ser extrañas al corazón. En adelante, mientras haya un hombre que pueda ser ennoblecido, todo desenvolvimiento de la naturaleza y de la vida humana descansará sobre ellas. Allí donde no se fijan en ellas, allí donde no las sigan, es inevitable que toda formación humana sea falsa, y que toda actividad redunde en su propia ruina.

De aquí que nunca se predicará bastante alto ni con bastante frecuencia el principio de que el hombre se pertenece ante todo á sí mismo, y debe primeramente encontrarse á sí mismo, antes de mostrar su solicitud con respecto á los otros, y que en medio de todas las exigencias externas, su corazón debe permanecer como un santuario, en el que nadie, sino Dios, debe reinar.

Este principio supremo de la sabiduría de la vida es una verdad de una trascendencia inmensa, y al propio tiempo la primera base fundamental de la verdadera formación del carácter. Por lo que nadie debe extrañarse de que, allí donde ese principio no es respetado como debe serlo, nadie se quejará suficientemente del carácter.

Pero el cristiano no existe para sí solo más que el hombre. Todos formamos parte de un todo superior. No merece el dictado de hombre quien no participa de algún modo de la vida y destino de la totalidad, del mismo modo que

nadie puede llamarse cristiano, si no es miembro de la Iglesia visible, y no aparece como miembro viviente del reino de Dios. Es ya un hecho, conocido en la vida física, que el carácter y cuanto nos rodea tienen siempre ciertas relaciones entre sí. Se expresa esto á menudo diciendo que la atmósfera, el país, las ocupaciones, imprimen en cada uno su carácter, absolutamente lo mismo que las circunstancias locales dan aspecto particular á un edificio. Sí, esta idea generalmente es verdadera, pero no está expresada con mucha exactitud. Aquí la expresión exacta es mucho más importante de lo que á primera vista parece. No son los materiales, no son tampoco las circunstancias externas, las que dan su estilo á un edificio; no es el asunto, el contenido, las circunstancias, las que dan su estilo á un escrito, sino que lo son el arquitecto y el autor. De la misma manera también, la personalidad libre se crea su estilo en la vida, ó, por mejor decir, para servirnos de la expresión admitida, la personalidad libre crea el carácter en el hombre. Pero un hombre que trabaja en una obra ordinaria del arte plástico ó representativo, ó bien, en la más grande de todas las obras de arte, en sí mismo, no está colocado en condiciones tales que pueda proceder de una manera independiente y completamente á su capricho. Quiéralo ó no, le es preciso adaptar el carácter y estilo á las circunstancias en que se encuentra. Si rehusa hacerlo, podremos asegurar de antemano que el resultado será malo.

Por consiguiente, todo depende del medio en que uno vive y de las relaciones que posee. Si cualquiera se exime de las atenciones que es preciso guardar á las personas que le rodean, y niega las obligaciones que con ellos tiene, languidecerá él mismo, y jamás llegará á ser un hombre de carácter. Al contrario, si la totalidad oprime al conjunto de individuos en el mismo grado que la vida política antigua, de tal suerte, que la libertad natural, el movimiento personal y la conciencia del individuo reciban perjuicio; ó si alguno se deja absorber de tal modo por el trabajo y las cosas externas que le rodean, que esté perpetuamente

distraído, una verdadera formación de carácter tampoco es posible en semejantes condiciones.

Por lo tanto, cada uno debe cumplir sus obligaciones con relación al mundo que le rodea; la familia, el municipio, el Estado, la Iglesia. Pero, así y todo, debe formar parte del todo como miembro independiente y considerarse como tal; debe saber que sus derechos personales son inatacables, aun cuando lo sean por la totalidad, el Estado y la corporación; que en su modesta condición colabora á los fines de la totalidad, como un ser que tiene su actividad personal, su manera de pensar y su voluntad libres. Tal es la segunda condición principal, gracias á la cual un carácter puede desarrollarse favorablemente.

La independencia y la autonomía solas no bastan, pues, para formar un carácter. Al contrario, si éstas no encuentran un contrapeso, conducen á una formación completamente falsa. De aquí que la conciencia de que tenemos obligaciones para con el prójimo debe limitar el sentimiento personal. Nadie puede negar que tenga este deber, ni siquiera el rico ni el poderoso. Podrá ocurrir que ningún poder externo obligue al individuo á hacerse útil á los demás; pero ya, por sí mismo, tiene necesidad de conocer que hay un límite que le rodea y que un poder superior limita y restringe el sentimiento de su fuerza personal. Así es como el poder del individuo está sostenido por la cooperación de todas las fuerzas, y como la libertad personal está protegida contra el desorden, porque tiene límites que no debe franquear.

6. Diferencia entre la concepción humanista del carácter y la concepción cristiana.—Lo que hemos dicho hasta ahora sobre la diferencia que existe entre la concepción del carácter humanista y la del carácter cristiano, á saber, que sólo la Revelación ha hecho posibles y realizables los caracteres, cada uno puede, por decirlo así, verlo con sus propios ojos y tocarlo con sus manos en ese arte en que el hombre expresa, como en ningún otro, su propio carácter, en la arquitectura. Cualquiera que sea el

efecto sublime producido por los edificios antiguos, puede decirse que en éstos los detalles no tienen gran valor. En el arte oriental, en el egipcio, y sobre todo en el itálico, el edificio no es más que una masa confusa formada por el conjunto del cuadro. Y aunque partes aisladas se destaquen perfectamente, como en las construcciones griegas, su arranque impetuoso se para de repente y de un modo poco natural, pues están oprimidas por un peso enorme, cuyo único fin parece que consiste únicamente en unir las. En la arquitectura cristiana, por lo menos en la gótica, las partes más insignificantes sobresalen con una independencia y temeridad casi incomprensibles. Los menores detalles se presentan á nuestra vista con tal solidez, que sólo el sentimiento personal del valor propio, apoyado sobre una base sólida, puede inspirar otra semejante. Con alegría que casi indica que tienen conciencia de su libertad, que sienten perfectamente su fuerza, y que nada les impide luchar por la victoria con sus semejantes, en los límites de lo permitido, se levantan atrevidos y orgullosos, cada uno de por sí, pero, en realidad, unidos por un mismo fin, calculado el uno para lo otro, y sostenidos por el todo, al cual saben subordinarse perfectamente. Todo es de una sola pieza; todo no forma, sino un plan, y sin embargo, todo es independiente. Vemos aquí encarnado lo que nosotros hemos considerado en nosotros más arriba; por un lado, el carácter pagano, y, por otro, el cristiano.

7. La Edad Media, época de los caracteres.—En la concepción del carácter que acabamos de indicar, podría encontrarse también la explicación de porqué ordinariamente es tan difícil á nuestros historiadores formular un juicio equitativo sobre la Edad Media, sobre toda época y sobre toda individualidad en las cuales el Cristianismo se encuentra perfectamente expresado. Habiendo sido formados exclusivamente estos historiadores en la escuela de la antigüedad, y acostumbrados á evaluarlo todo según las miras estrechas y uniformes que en ella adquirieron, se extrañan ante todo de la variedad increíble que los hom-

bres y los hechos constituyen en las épocas cristianas. Son como un niño que ha crecido en el campo, que no conoce sino el dialecto de su país, y que se encuentra de repente transportado á una sociedad donde oye una docena de lenguas extranjeras. Estudiando la antigüedad, no podemos evidentemente formarnos idea de tal variedad. En ella, todos piensan, hablan y obran de la misma manera, como si recíprocamente se hubiesen enseñado una ciencia. En ella, una vez descrito un hombre notable de un país ó de una época, queda descrito su tiempo completamente, y aun aprendido á conocer sus compañeros de raza, de sufrimientos y de miserias. Pero en la Edad Media los mismos hombres ocupan la misma escena, representan el mismo acto, hacen el mismo trabajo, pero de una manera completamente diferente. Jamás encontraremos, ni antes ni después, una abundancia tan inagotable de variedad y originalidad en los edificios, en las clases de estilo, en las órdenes, en las obras de penitencia y de caridad, en las fiestas, acciones brillantes, ciencia, poesía, traje, organización de las casas y organizaciones civiles y políticas.

Nadie puede desconocer que esa inclinación maravillosa hacia las particularidades, que caracteriza á la Edad Media, lleva á menudo en sí, en dicha época, algo de ese *quijotismo* que el vivo espíritu de independencia produjo más tarde en España. ¿Pero no es una prevención parcial contra el espíritu uniforme de la vida antigua, ó un simple disgusto contra todo lo que aparece en la Edad Media ó en el Cristianismo, el atreverse á condenar todos esos rasgos, sin ningún miramiento, dirigiéndoles el reproche de *desunión*, como se ha hecho, por decirlo así, oficialmente en una de nuestras escuelas de sabios? ¿Por qué, pues, echar una mirada tan dura y seca sobre una época de tan encantadora floración como aquélla? ¿Por qué no reconocer francamente esta gloria en nuestros antepasados, aun cuando nos irrite ver que no podemos igualarlos desde este punto de vista? Seguramente no conocemos la Edad Media. No alcanzó, ni con mucho, el fin de la empresa que

el Cristianismo ha fijado al mundo; pero lo que nos atrevemos á decir, es que el reproche, por lo menos en el sentido en que acostumbran á formularlo, recae sobre sus mismos autores.

Si los panegiristas de la antigüedad creen que la humanidad se encuentra mejor de uniforme ó en camisa de fuerza, que en libertad bajo la ley, esto es asunto de gusto. Y si se quiere imponer hoy al mundo, tanto en las cosas buenas como en las malas, el carácter uniforme de cuartel de los tiempos antiguos, lo soportaremos, porque tienen el poder en sus manos; es su hora. Pero lo que no podrán quitarnos, es el pensar según nuestra convicción, y hablar como pensamos. Los pensamientos y los deseos son libres en toda clase de personas; ⁽¹⁾ este principio lo hemos aprendido de la Edad Media, y jamás renunciaremos á él. En cuanto á nosotros, si es preciso decir una vez por todas la razón de porqué no podemos ocultar nuestra predilección por la Edad Media, á pesar de todos sus defectos, confesaremos que se debe precisamente á sus particularidades, ya que produce en nosotros la impresión de una época de originalidad y de carácter.

Sí, ciertamente; la Edad Media tiene también sus lados defectuosos; pero ninguna crítica verdadera podrá quitarle el mérito—y sus mismos enemigos lo confiesan—de que era una época de la más grande independencia. Jamás los hombres tuvieron más conciencia de sí mismos; jamás fueron menos capaces de igualarse con los esclavos; jamás manifestaron con más libertad sus pensamientos y su voluntad; jamás se comprendió mejor el modo de expresar al exterior lo que abrigaban de más vivo en el interior; jamás se poseyeron mejor interiormente, á pesar de todo trabajo externo; jamás, en una palabra, encontramos tantos caracteres particulares y notables como en la Edad Media. Si el sentimiento de la autoridad, y la prontitud de someterse á la comunidad, no hubiese estado tan fuertemen-

(1) *Winsbekin*, 15, 1 y sig. Dietmar von Ast, 5, 1 (Hagen, *Minnes.*, I, 99). Zingerle, *Die deutsch. Sprichw. in Mittelalter*, 46.

te arraigado en ella, la organización pública se hubiese arruinado ciertamente, á consecuencia de semejante espíritu de particularismo, como, por otra parte, se arruinó muy pronto, á la aparición del Humanismo, el antiguo espíritu cristiano de disciplina y subordinación.

No es preciso haber hecho largos y penosos estudios para persuadirse de la verdad que acabamos de indicar. ¿Quién no ha comprendido esto, al echar una rápida mirada sobre una de nuestras antiguas pinturas alemanas? No se sacia uno de contemplar hombres como nos los representan la escuela flamenca, la escuela de Colonia, y aun también la escuela suabia y franconia. Podrá suceder que los personajes estén torpemente representados, pero hay una cosa que nos atrae siempre ante esos cuadros, la expresión curiosa de los rasgos fisonómicos, en los cuales se revela el carácter. Y esta impresión es más fuerte en nosotros, si contemplamos los retratos de mujeres de los tiempos antiguos, y especialmente en los cuadros debidos al pincel de maestros hábiles, ó en retratos de venerables antepasados. Hoy día se considera como un atentado á la belleza femenina el expresar el carácter en los rasgos fisonómicos. Molicie, brillantez, elegancia, he aquí lo que ordinariamente se aprecia hoy. No es extraño que los retratos de mujeres célebres de otros tiempos casi nos choquen por la virilidad y la decisión de que están llenos. Pero no redundan en honra de nuestra época actual; si la mayoría sale desilusionada de una visita hecha á esos antiguos cuadros. Esos rasgos tan acentuados, tan enérgicos y al mismo tiempo tan profundos y apacibles, deberían decir á cada uno que aquella época tenía por lo menos una cualidad: el carácter.

8. Las tres cosas que se requieren para la formación del carácter.—Ahora bien, para aprender un arte, se prefiere ir á la escuela del que mejor sabe ejercerlo. Si tenemos empeño en aprender de nuevo lo que es el carácter, lo que mejor debemos hacer es, pues, dirigirnos á la Edad Media, á fin de saber los medios que es preciso em-

plear para obtener un buen éxito. Pero esta vez queremos hacer abstracción de los pedagogos eclesiásticos y grandes doctores de París ó de Colonia, para que nadie pueda creer que queremos hacer de él un monje, un sabio que no sirva para nada, ó siquiera un eclesiástico. Dirijámonos á uno de esos trovadores caballeros, á uno de esos numerosos maestros de la vida, que han dejado tantas poesías profanas, y roguémosle que nos enseñe el verdadero arte del cortesano de su época llena de carácter, y que nos ayude por este medio á ser nosotros verdaderos caracteres, ó lo que tenían costumbre de celebrar en sus cantos, como espejo de disciplina, como hombre leal, sólido en honor y fuerte en virtud. Por consiguiente, valor, atrás todas las prevenciones y vamos hacia nuestro caballero.

Lo primero que debemos esperar es que ponga su mano de hierro sobre nuestra cabeza, como el médico toma el pulso, y nos diga: «Amigo, ante todo es preciso que haya orden aquí dentro. Si la cabeza no está clara y firme, jamás podré hacer de ti un carácter. Primeramente debes saber lo que quieres, lo que debes hacer y de quién podrás aprenderlo. Es preciso que prescindas de la etiqueta, por no decir de la baja adulación, que habéis introducido en lugar de una convicción inmutable y de una fe sincera. Necesito principios claros, sólidos, inquebrantables; sin esto, jamás podré hacer de ti un carácter. Si no puedes prescindir de criticar toda certeza, si no tienes bastante rectitud para sostener sólidamente lo que una vez has creído y reconocido como bueno, aun cuando te vieres abandonado de todo el mundo; si te dejas convencer por tu época del desdichado principio de que dudar, siempre dudar, vale más que creer, basándose en motivos honrosos y en una autoridad segura, es inútil que empecemos nuestra educación del carácter. La razón por la cual no tenéis carácter es porque ya no tenéis fe ni convicciones inmutables. La duda es la causa de toda vuestra debilidad de carácter, (1)

(1) *Parzival*, 1, 1 y sig.; 350, 30 (Bartsch, 7, 390). Hartmann von Aue, 1 *Büchlein*, 1799 y sig.

el principio de todo pecado, ⁽¹⁾ la ruina del espíritu popular. ⁽²⁾ Debéis, pues, huir de ella como del diablo. ⁽³⁾ Jamás construirá uno edificios sobre la duda, y el edificio de un carácter, mucho menos que cualquiera otro. Ningún poste puede plantarse en arena movediza. Jamás un hombre sensato dormirá bajo un techo que amenace ruina. El escéptico no puede obtener buen éxito, aun cuando fuese Dios mismo el que edificase en él. ⁽⁴⁾ Si quieres que haga de ti un carácter sólido y hermoso, ⁽⁵⁾ abandona toda duda. Jamás llegaremos á hacer un carácter con una cabeza ligera en la cual todo dé vueltas como si estuviese calenturienta ó embriagada. Por consiguiente, sin principios, sin convicciones sólidas, en una palabra, sin fe, no podemos siquiera comenzar la formación del carácter.»

No hay escapatoria posible á un dilema tan enérgico como el que proponen esos hombres de hierro de la Edad Media. No nos queda, pues, otro remedio que decir: «Pues bien, queremos creerlos, queremos disponer nuestros principios según la dirección inmutable de la fe. ¿Pero qué debemos hacer además para llegar definitivamente al carácter?»—«¿Qué debéis hacer aún?—pregunta nuestro caballero extrañado.—Tener palabra, obrar seriamente, hacerlo que vuestra fe os dicte, permanecer fieles á vuestra convicción y á la palabra dada. Sabéis lo que habéis prometido. Habéis prometido dejar que la verdad del Señor os domine, y aun más, que os penetre. Con esto todo está ganado. Sí, es preciso que un hombre, que cualquiera que aspire á ser hombre de carácter, permanezca fiel á la verdad reconocida, fiel á su palabra y á sí mismo. Digo á sí mismo, pues si llega á separarse de la convicción que ha

(1) Meister Kelin, 3, 9 (Haen, *Minnesinger*, III, 24).

(2) *Kaiserchronick*, 429 y sig.

(3) *Parzival*, 119, 25 y sig. (Bartsch, 3, 112 y sig.). Walter von der Vogelweide, 78, 47 y sig. (Pfeiffer). Der arme Hartmann, *Vom Glauben*, 1137 y sig.

(4) «Zweifel Baumeister» von Reinmar von Zweter, 2, 173. (Hagen, *Minnesinger*, II, 208). Lindemann, *Blumenstrauss von geistl. Gedichten des Mittelalters*, 76. Cf. Hagen, III, 423, 4.

(5) Der Rubin, 8, 1 (Hagen, *Minnesinger*, I, 314).

adquirido ya una vez; si piensa y habla contra la fe que ha jurado, si obra contra Dios, ¿á quién se muestra infiel, sino á sí mismo? ⁽¹⁾ Ahora bien, la infidelidad es la muerte de toda virtud ⁽²⁾ y de toda perfección de carácter. La fidelidad á la convicción es la condición fundamental del honor del hombre, ⁽³⁾ la madre de toda virtud, ⁽⁴⁾ el sello, la cerradura y el cerrojo para todo bien que se encuentre en el hombre. ⁽⁵⁾ La fidelidad y la verdad son inseparables la una de la otra. ⁽⁶⁾ Cuando hablamos de carácter, la fidelidad, es decir la sumisión á la verdad reconocida, á los principios sólidos de la fe inmutable, se deduce de tal manera, que toda palabra sobre este asunto es superflua. Sí, en vuestra época se ha hecho necesario recomendar la fidelidad; lo siento de todo corazón. Prefiero nuestros días. Entonces era costumbre decir con el proverbio: «No es posible que el que ha probado una vez lo que es la fidelidad, la abandone jamás». ⁽⁷⁾

Menos objeciones pueden hacerse aún contra esta segunda exigencia, que contra la primera. Aquellos caballeros de otros tiempos no bromeaban menos con la lengua que con la lanza. Casi reducidos al silencio, y con la vergüenza en el fondo del alma por haber llegado á ser una raza tan distinta, preguntamos por tercera vez á nuestro maestro cubierto de hierro: «Pero, señor caballero, os hemos rogado que nos enseñéis cómo puede uno llegar á ser un carácter. Habéis hablado primeramente de principios, después de fidelidad á los mismos. Pero, con todo, no tenemos aún el carácter. ¿Cuándo llegaremos, pues, al carácter mismo?» ¡No deberíamos haber hecho esta pregunta!—«¡Ah! exclama el caballero, y una nube oscurece su fisonomía, sobre la

(1) Ulrich von Singenberg, 28, 1 (Hagen, I, 298).

(2) Joh. von Rinkenberk, 2 (Hagen, *Minnes.*, I, 339).

(3) Hermann Damen, 3, 7 (Hagen, *Minnes.*, III, 164).

(4) Walther von Breisach, I, 6 (Hagen, II, 141).

(5) Hugo von Langenstein, *Martina*, 25, 28 y sig. (Keller, 62). Cf. Joan. von Rinkenberk, 1.

(6) Friedr. von Sonnenberk, 1, 22 (Hagen, III, 72).

(7) Kuonrât, *Rolandlied*, 1975 y sig. Heinr. von Meissen (*Frauenlob*) *Spr.*, 205, 1 y sig. (Etmüller, 126). Boppe, 9 (Hagen, II, 386).